

# EL MENSAJE VIVO DE LA TRADICIÓN MONÁSTICA: PRIMER ESBOZO DE UNAS REFLEXIONES<sup>1</sup>

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.  
Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos

## 1. LA ACTUAL CRISIS DE CIVILIZACIÓN COMO CRISIS DE DESARRAIGO.

Decir que la civilización occidental, y más concretamente la sociedad europea, atraviesan actualmente una fase de crisis, puede ser tal vez «políticamente incorrecto», pero no por ello, en nuestra opinión, deja de ser una verdad bastante evidente. El desarrollo material del Occidente, del que no deja de ser arriesgado vaticinar que sea auténticamente sostenible a largo e incluso a medio plazo (considérense, entre otras cuestiones, las alteraciones que habrán de producir la caída de la natalidad y, por contra, la avalancha migratoria), no debe ocultar el decaimiento y hasta la pérdida casi absoluta de unos valores esenciales, de orden espiritual y moral, que son los que en realidad configuran propiamente una civilización y le confieren vitalidad.

No es nuestro propósito aquí entrar en detalle en el proceso que ha conducido a esta situación de crisis, cosa que ya hemos abordado en algunas otras reflexiones, pero sí queremos señalar brevemente los elementos principales de tal coyuntura, como punto de partida para entender cuál es, desde nuestro punto de vista, el papel tan destacado que al monacato cristiano le puede corresponder en el panorama presente y futuro de Europa y del Occidente en general.

En primer lugar, y ante todo, debemos decir que tenemos la impresión de que la actual crisis de civilización es en buena medida una crisis de desarraigo, producida por una ruptura con lo que fue la Tradición de la Cristiandad europea: una ruptura plenamente abierta y consciente a partir de la Ilustración, pero que vio sus inicios ya en el siglo XIV (ockhamismo, política de Felipe IV de Francia...) y explotó en sucesivas fases desde el XVI con la Reforma protestante. En conjunto, aquel edificio de la Cristiandad comenzó a amenazar ruina por la labor erosiva de diferentes agentes que configuraron lo que globalmente se ha conocido como la «Modernidad». No significa esto que la civilización triunfante del Medievo no permitiera el avance de la cultura humana en todas sus vertientes: al contrario, fue en virtud de sus elementos constitutivos como precisamente pudieron lograrse en los siglos de la Edad Moderna notables conquistas. Sin embargo, lo dramático fue que, olvidando cada vez más los fundamentos esenciales de la civilización cristiana de la Europa medieval, se pensó en levantar una nueva era y una nueva construcción social y mental sobre bases distintas, en ocasiones incluso diametralmente opuestas. De ahí que, no sin razón, con frecuencia se haya resaltado la contraposición entre el Medievo y la Modernidad, si bien deben hacerse las matizaciones precisas, pues nos encontramos con acertados y exitosos proyectos de progresar modernamente sin desenraizarse de la Tradición medieval, como sucedió en la España de los Reyes Católicos y de los Austrias.

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en *Communio*, nueva época, nº 6 (otoño 2007), págs. 83-102, y más recientemente en CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *Estudios de Historia y Espiritualidad Monástica*, Salzburgo, Universität Salzburg – Analecta Cartusiana, 2011, tomo 1, págs. 18-30. El sistema de citas en las notas se ajusta a las normas que en su momento se siguieron para la revista *Communio*.

Ciertamente, los componentes de lo que en conjunto suele entenderse como la «Modernidad», ofrecen en gran medida la explicación de la actual crisis de civilización que vive Europa y el peligro de la pérdida de su auténtica identidad, porque se está renegando de su esencia. Sirviéndonos de una redundancia intencionada, valga decir que la presente crisis de la sociedad europea arraiga en este desarraigo moderno respecto de las raíces que configuran el ser y la identidad de Europa.

De forma global, cabe incidir en el contraste que se observa entre el predominio antiguo y medieval de afirmación de la verdad objetiva y la tendencia moderna y contemporánea a la duda acerca de ésta, llegando incluso hasta su total negación. Si en el pensamiento medieval, recogiendo lo mejor del grecorromano y enriqueciéndolo notablemente en virtud de la revelación bíblica, nos encontramos con la afirmación de la realidad objetiva como una evidencia, la Modernidad trajo la opinión de que es el sujeto quien configura esa supuesta realidad. En definitiva, si en la tradición clásica y medieval se sostiene la existencia de la verdad y de la realidad, la Modernidad apuntará en una línea que presenta como puntos fundamentales el subjetivismo, el individualismo, el escepticismo y el relativismo, llegando en último término hasta el nihilismo, del cual se acaba desembocando irremediabilmente en la noción del absurdo y de la náusea, o bien en el extremo de un colectivismo asfixiante. Asimismo, del teocentrismo medieval que valoraba al hombre en su justa medida y ensalzaba su dignidad singular como hijo de Dios, se pasaría a un antropocentrismo que progresivamente iría desplazando la realidad de Dios de la mente humana y de los proyectos de construcción de una nueva sociedad sin referentes sobrenaturales, pero que inevitablemente exigiría la adoración de nuevos dioses, de ídolos que constituyeran los nuevos valores y las nuevas metas.

Si se hace un repaso de la evolución seguida desde Guillermo de Ockham hasta J.-P. Sartre, no es de extrañar que todo el recorrido del pensamiento europeo a lo largo de la Modernidad haya acabado culminando en una explosión que ha oscilado entre la rebelión más absoluta y la desesperación, entre las aspiraciones más radicales de una libertad sin límites y el sentimiento de angustia ante la realidad de la libertad, entre la voluntad de crear un nuevo orden («la imaginación al poder») y la sensación de la nada. Llegados a este punto, los hijos de la Modernidad, del pensamiento que ha venido conformando la Modernidad, han terminado proclamando el fin de ésta y la inauguración de la «Posmodernidad», en realidad con bastantes pocas expectativas de verdad esperanzadoras para el hombre. El alejamiento de Dios y la ruptura con las raíces culturales y espirituales de Europa han llevado, inevitablemente, al fracaso y la frustración, y por ende a la negación del auténtico ser de Europa.

El profesor Eudaldo Forment ha señalado siete características de la Modernidad: confianza ilimitada en la razón, conciencia histórica (en cuanto llegada a la madurez de un progresivo proceso universal), utopía del progreso, principio de inmanencia (la concepción del hombre dentro de los límites de la naturaleza y de la sociedad), reivindicación de la libertad, ateísmo (ya al final del proceso de la Modernidad, llegando a un antiteísmo) y fin de la Metafísica<sup>2</sup>.

En contraposición, el eminente tomista catalán caracteriza la Posmodernidad por las siguientes peculiaridades: irracionalismo (primacía de las apetencias y sentidos sobre la razón), fin de la Historia (no existe la Historia como tal, sino que simplemente debe vivirse el presente como un acto inmediato en su totalidad), politeísmo de valores (el único valor es el ser nuevo y hay un progreso sin finalidad definida, de lo que se sigue

---

<sup>2</sup> Eudaldo Forment, *Lecciones de Metafísica*, Rialp, Madrid 1992, pp. 38-42, en la Lección 1ª («Posmodernidad y Metafísica»). A continuación también tenemos presentes las pp. 42-50 y hacemos una cita de la p. 49.

un modelo de heteromorfismo, disenso, localismo e inestabilidad, que implica la legitimación de un pluralismo de valores), primacía de lo estético (consumación del nihilismo, del sinsentido absoluto de la realidad, de la carencia de validez de los valores supremos, y por eso la preocupación central ya no es el hombre, sino la estética, orientada a lo difuso y la ruptura con la belleza), fin de la libertad (la única libertad posible es la de la disgregación, de la diferenciación y de la desaparición), indiferentismo religioso y posmetafísica (y se arriba así al «pensamiento débil», el único posible en esta era posmetafísica). Por lo tanto, «estos siete rasgos de la posmodernidad representan una pérdida de confianza en la razón, en la realidad, en el hombre y en Dios, y muestran que en el fondo de la posmodernidad se encuentra una posición de inseguridad».

En esta Posmodernidad es en la que se halla inmersa la Europa actual, que viene a convertirse así de lleno en la negación de la verdadera Europa. «La Europa de hoy, – decía Juan Pablo II–, en el momento mismo en que refuerza y amplía su propia unión económica y política, parece sufrir una profunda crisis de valores. Aunque dispone de mayores medios, da la impresión de carecer de impulso para construir un proyecto común y dar nuevamente razones de esperanza a sus ciudadanos»<sup>3</sup>.

Ciertamente, como hemos señalado, el camino de Europa durante la Modernidad ha acabado conduciendo más bien a la desesperación. La evolución del pensamiento europeo de la Modernidad ha recorrido una línea inmanentista, negadora de la trascendencia del hombre y de la vida, que ha ido desplazando a Dios del centro para colocar en su lugar a un hombre endiosado e independiente de Él, hasta el grado de negar finalmente la propia existencia de Dios. Pero esto supone en realidad una negación de la propia verdad del hombre, de su situación de dependencia respecto de un Dios que, lejos de oprimirle, es Amor y le ama infinitamente. Y si lo que facilita la felicidad del hombre es precisamente su aceptación alegre de esa relación con el Dios-Amor revelado en Jesucristo, el rechazo de ella traerá de forma inevitable su propia desdicha, no deseada por Dios, sino buscada insensata aunque deliberadamente por el hombre.

Como afirma el hoy P. Abad del Valle de los Caídos, Dom Anselmo Álvarez Navarrete: «‘La verdad habita en el interior del hombre’ (San Agustín); por eso ha llegado a encontrarse [en la Modernidad y hoy] tan lejos de sí y de su verdad, porque ya no vive dentro de sí ni de Dios: el hombre ha huido del hombre. ¿Dónde quedan hoy sus categorías distintivas: alma, espíritu, humanismo, libertad, valores, sabiduría, amor, verdad, cultura? Este sujeto, desfigurado y frivolidado, aclimatado irracionalmente al horizonte terreno, ha perdido su patrimonio, ha extraviado el pasado y no adivina el camino del futuro»<sup>4</sup>.

El actual problema existencial del hombre es un problema antropológico, y éste lo es de raíz teológica y metafísica. En gran medida, si se ha llegado a donde se ha llegado, es a consecuencia de una progresiva mala comprensión de la realidad del ser, de la realidad del hombre y de la realidad de Dios. El camino de la destrucción de la Metafísica y de la consideración de la Teología como un estudio propio de fases primitivas del desarrollo humano; la duda ante la posibilidad de la Filosofía y de la Religión de enseñar las realidades fundamentales; la autoafirmación del hombre como fin y meta de todas las aspiraciones, sin referentes «heterónomos» (por utilizar una expresión kantiana); todo ello ha guiado la nave europea en una dirección que sólo

<sup>3</sup> Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 28 de junio de 2003, n. 108.

<sup>4</sup> Anselmo Álvarez Navarrete (O.S.B.), «Recrear la figura del hombre», en *Torre de los Lujanes* 49 (2003), pp. 265-275, concretamente p. 267.

podía arribar finalmente al puerto de la desesperación, de la nada, de la negación del hombre mismo, porque primero se ha negado ya a su Creador. Refiriéndose a Europa, decía también Juan Pablo II que «en la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo»; y siguiendo la *Relatio* de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, añadía que «no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria»<sup>5</sup>.

Recogiendo de nuevo palabras del mencionado abad benedictino, «la realidad humana que se perfila cada vez más nítidamente es la de un individuo en alejamiento vertiginoso de las cuestiones centrales; la de un sujeto que ha disuelto su ecología espiritual y ética, estética y política; alérgico a las disciplinas morales, rendido a todas las tolerancias; justificador de todas las incontinencias y que, en esta fuga de sí mismo, lleva consigo el fin de la cultura. En realidad, la ruptura del entorno humano se viene produciendo desde que el hombre se desmarcó del espacio divino y, aunque esa escisión fue restañada por Cristo, cada vez que el hombre la reabre pone en entredicho su experiencia humana y adopta él mismo el rostro ‘sin figura ni hermosura’ con que las Escrituras describieron al Mesías crucificado. [...] Sólo en su verdad puede el hombre acceder a comprender lo que le rodea y el orden de relaciones que ha de guardar con ello. La acción del hombre sobre su entorno carece de sentido hasta que él haya encontrado el suyo, lo que es una de sus prioridades»<sup>6</sup>.

Ésta es la disyuntiva en la que se encuentra el hombre europeo, por tanto: negar su propia verdad o redescubrirla. De lo primero, sólo puede provenir para él un ahondamiento en su presente desesperanza y angustia; de lo segundo, su restauración al «instaurar todas las cosas en Cristo»<sup>7</sup>, que es quien ha restaurado su dignidad devolviéndole y afianzándole la filiación respecto de Dios: «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»<sup>8</sup>. O, como dijera Santo Tomás de Aquino, «el mismo Verbo encarnado es causa eficiente de la perfección de la naturaleza humana, pues, como dice San Juan, ‘de su plenitud recibimos todos’ (Io 1,16)»<sup>9</sup>.

Por otra parte, en los tiempos modernos el inmanentismo filosófico ha ido de la mano de la acentuación materialista y del laicismo. Esta tendencia creciente ha llevado consigo un terrible efecto: la pérdida del sentido de lo sagrado. Y en relación con ello, también se ha producido una pérdida del sentido de pecado y del valor de la gracia sobrenatural, lo cual supone un grave problema para una adecuada comprensión antropológica. Nos hallamos en gran medida ante la aparición de un neopelagianismo.

La conjunción de todos estos elementos, por supuesto, conlleva toda otra serie de problemas y errores: inadecuada interpretación de la libertad, tristeza existencial, desazón interior, inestabilidad emocional, debilitamiento del carácter, etc. En definitiva, acaba produciendo personas débiles y toda una sociedad débil, en profunda crisis interna e incapaz de hacer frente, con la clarividencia y la firmeza debidas, a las amenazas y los

---

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, op. cit., n. 9.

<sup>6</sup> Anselmo Álvarez Navarrete, «Recrear la figura del hombre», art. cit., p. 270.

<sup>7</sup> Lema escogido por San Pío X para su Pontificado, inspirado en Eph 1,10: *Instaurare omnia in Christo*.

<sup>8</sup> Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 7 de diciembre de 1965, n. 22.

<sup>9</sup> Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, q. 1, a. 6 in c. Manejamos la ed. bilingüe latín-español: Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, texto latino de la ed. crítica Leonina, traducción y anotaciones por una comisión de PP. Dominicos presidida por Fr. Francisco Barbado Viejo (O.P.), obispo de Salamanca, con introducción general de Fr. Santiago Ramírez (O.P.), 16 tomos, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1947-60, concretamente, t. XI («Tratado del Verbo Encarnado»; Madrid 1960), p. 88.

nuevos retos que se plantean. Y todo ello, en fin, procede de una ruptura con la Tradición que ilumina el verdadero progreso, una ruptura con las raíces y una negación hasta de la propia esencia de la civilización europea.

## 2. MONACATO Y TRADICIÓN.

El monacato, que cuenta con diecisiete siglos de historia, es evidentemente heredero de una Tradición y él mismo en gran medida es Tradición<sup>10</sup>. Existe una conciencia de vida monacal, que se transmite de generaciones en generaciones de monjes y, como Tradición que es, es una Tradición siempre viva. La esencia de la vida monástica es la búsqueda absoluta y contemplativa de Dios en un clima de silencio y soledad, lo cual implica necesariamente el retiro del mundo y un esfuerzo ascético. Y la Tradición, desde una metafísica tomista, ha sido otra vez definida recientemente por el profesor Palomar Maldonado, de acuerdo con los profesores Petit y Prevosti, como «arraigo o enraizamiento del devenir en el ser»<sup>11</sup>. Este mismo autor también ha recordado su vinculación con las raíces, la savia, la memoria de la paternidad en una comunidad y el sentido de la filiación, y ha puesto en relación el amor humano implícito en ella con el Amor de Dios. Asimismo, ha señalado como rasgos característicos de la Tradición: la acción (en tanto que transmisión), la comunión (hay acción comunicativa entre el donante y el que recibe), la permanencia (lo que se transmite es lo permanente) y la esperanza, pues es a la vez proyección de futuro y posee por lo tanto perfectividad (tiende a una meta y, considerando la vocación del hombre a la eternidad, el sentido de la Historia es la realización del designio divino, el Reinado de Cristo).

Son varios los estudios que se han dedicado al concepto de Tradición monástica, pero no vamos a detenernos ahora en ellos, ya que podría ser muy prolijo. El P. García Colombás incluso ha dedicado un muy extenso estudio y ensayo histórico en varios volúmenes sobre la historia benedictina, al que ha denominado *La Tradición Benedictina*. Después de hacer ciertas observaciones y de afirmar incluso que «Tradición es un vocablo equívoco», viene a dar una noción de ella como «transmisión histórica de doctrinas, instituciones, usos o costumbres, en sentido activo, y las mismas doctrinas, instituciones, usos y costumbres transmitidos, en sentido pasivo», además de decantarse más por una visión dinámica de la Tradición que por otra férreamente estática<sup>12</sup>. Cabe también apuntar que un destacado historiador benedictino italiano, Gregorio Penco, investigando y exponiendo el concepto de Tradición monástica de otro notable monje francés, Dom Jean Leclercq, dice que, para éste, el núcleo de ella es la espiritualidad monástica, formada en gran parte por la exégesis espiritual de la Sagrada Escritura, y que la vida contemplativa, en la plenitud y el aliento de su significado, es realmente lo que constituye dicha Tradición<sup>13</sup>.

Por nuestra parte, sencillamente diremos que la idea de Tradición en el monacato está siempre presente, ya que éste se concibe y se vive como un legado recibido de unos

---

<sup>10</sup> No en balde decía I. Herwegen que «la tradición constituye la historia interna del monacato», en *Sinn und Geist der Benediktinerregel*, Einsiedeln-Colonia 1944, p. 136; cit. por García M. Colombás (O.S.B.), *La Tradición Benedictina. Ensayo histórico I*, Monte Casino, Zamora 1989, p. 20.

<sup>11</sup> Evaristo Palomar Maldonado, *Sobre la Tradición. Significado, naturaleza y concepto*, Scire/Balmes, Barcelona 2001, concretamente pp. 20 y 56. Tenemos también especialmente presentes las pp. 19-25, 53-54, 69-76 y 83-84. Otra aportación bastante reciente e interesante sobre el concepto de Tradición es la de Luis María Sandoval, «El criterio de la Tradición», en *Verbo 367-368* (1998), pp. 635-658.

<sup>12</sup> García M. Colombás, *La Tradición Benedictina I*, op. cit., pp. 13-15.

<sup>13</sup> Gregorio Penco (O.S.B.), «Jean Leclercq and the concept of monastic tradition», en *The American Benedictine Review 49:3* (sept. 1998), pp. 233-255, concretamente pp. 254-255. El artículo fue publicado previamente en italiano, en *Benedictina 41* (1994), pp. 317-339.

padres fundadores, que se ha de continuar transmitiendo a las siguientes generaciones de monjes y se debe vivir con fidelidad. Un legado que recoge y es fundamentalmente esa misma esencia de la vida monástica que antes hemos indicado, la cual, según la diversidad de vocaciones especiales suscitadas por el Espíritu Santo, puede manifestarse de dos grandes formas: cenobítica (vida comunitaria) y eremítica (vida solitaria). Y éstas, a su vez, se diversifican en una variedad bastante amplia, lo cual lleva a poder hablar de una Tradición benedictino-cisterciense, una Tradición cartujana, una Tradición jeronimiana, una Tradición basiliana, etc. Pero en conjunto, todas conforman la Tradición monástica, la cual se retrotrae en un primer término a la Tradición de los primeros Padres monásticos del Oriente cristiano: sirios y, sobre todo, egipcios. Y dichos Padres, por su parte, se remitían a la Tradición del premonacato bíblico, representado especialmente por personajes como Elías en el Antiguo Testamento y San Juan Bautista en el Nuevo.

Por lo tanto, la Tradición monástica, y esto es algo que se refleja con claridad en la *Regla* de San Benito y en otros muchos textos –por ejemplo, en las *Instituciones* y en las *Colaciones* de Juan Casiano–, contiene un importante sentido de filiación: se tiene por Padres a los primeros monjes y, en general, a todos aquellos que han vivido anteriormente esta vocación con verdadera ejemplaridad y santidad. Se es consciente de que ellos han transmitido un rico legado, tanto doctrinal como de un estilo de vida, que es obligado mantener en lo esencial y transmitirlo a las siguientes generaciones. Esta herencia puede conocer cambios accidentales e incluso a veces casi sustanciales según la diversidad de carismas fundacionales que Dios pueda otorgar. Pero en lo más esencial habrá de permanecer incólume, como testimonio visible de la sobrenaturalidad y perennidad de la Iglesia y del valor que en la vida de ésta posee el monacato.

La Tradición, pues, es algo que se entrega, como su mismo nombre indica: *traditio*, término que guarda relación con el verbo *trado* y su infinitivo *tradere*; esto es, «dar», «entregar», «transmitir», «confiar». Cuando se confía una cosa a otra persona, es porque se cree de buena fe que ésta no la va a destruir ni a desechar, sino que la va a aceptar como un precioso regalo. Por eso, el beneficiado estimará enormemente a quien le ha hecho tal dádiva, porque conoce el amor con que se la ha entregado. La Tradición es así, en gran medida, una entrega de amor: hay amor en el que da, lo hay en quien lo recibe y existe también en la misma cosa transmitida. Casi pudiéramos decir que, de algún modo, la Tradición parece ser uno de esos «vestigios trinitarios» que San Agustín buscaba afanosamente en el mundo creado. Y esta triplicidad y unidad del amor que cabe ver en la Tradición, en el caso de la Tradición monástica hace realmente referencia al Dios Uno y Trino que es Amor (1IJo 4,8.16), porque la Tradición monástica conlleva un modo de vida dedicado de forma intensa, constante y absoluta al mismo Dios Uno y Trino.

La Tradición monástica implica, pues, todo un estilo de vida al servicio único y exclusivo de Dios. Es, en consecuencia, una Tradición santa. Se transmite una Tradición, una herencia, un legado que a su vez ha sido recibido antes por otras generaciones de monjes: en efecto, según hemos dicho, los primeros solitarios egipcios y sirios, los «Padres del Desierto», se veían a sí mismos como continuadores del modo de vida de Elías, de Eliseo, de las comunidades bíblicas de profetas y de San Juan Bautista. Los «Padres del Desierto» se sintieron herederos o al menos restauradores de un monacato bíblico, tanto veterotestamentario como encarnado en la figura del Precursor, el Bautista del Jordán. Y cuando hoy un monje enamorado de veras de su vocación tiene en sus manos un libro de un venerable autor monástico, experimenta una verdadera emoción... ¡y cuánto más si es de aquellos primeros monjes que nosotros consideramos como

«nuestros Padres»! Ya sean los «Padres del Desierto» egipcios o sirios, ya los italianos, los galos, los hispanos o los irlandeses, o los fundadores de una Orden o familia monástica: ante ellos, el monje de nuestro tiempo se ve a sí mismo como hijo suyo y, ante su vida y sus enseñanzas, sólo puede sentir, por un lado, la fascinación del discípulo ante su maestro y el amor y la piedad filial de un hijo hacia su padre, así como el agradecimiento de un heredero que también se sabe responsable de seguir transmitiendo en su pureza el rico legado que ha recibido; y, por otro lado, todo esto mismo le hace sentir su indignidad, su flaqueza, su bajísimo nivel como monje, que no puede parangonarse ni en lo más mínimo con aquellos campeones de la ascesis y de la contemplación.

La conciencia de Tradición está presente también en la primitiva Iglesia, que se sabe heredera del Antiguo Testamento y comprende que la Revelación hecha por Dios ha culminado en el Nuevo con Jesucristo. Por eso, San Pablo transmite la tradición que ha recibido, la mayor de las tradiciones: la Eucaristía, la presencia real de Cristo en este Sacramento para permanecer entre nosotros por amor (1Co 11,23-26).

Pero la Tradición no ha de ser despreciada por un peligro de poder confundirla con toda una serie de tradiciones humanas que, si bien pueden tener y de hecho tienen un valor auténtico cuando se viven con amor y sinceridad de corazón, y contribuyen así en cierto modo a conformar el conjunto de una Tradición mayor, también pueden correr el riesgo de acabar convirtiéndose en meras costumbres externas, sometidas a una ley de simple cumplimiento jurídico y a veces rigorista. Tal es el caso, evidentemente, que Jesucristo critica en las «tradiciones» de los fariseos, en «la tradición de los hombres» a que ellos se aferran, buscando siempre la ocasión de acusar a quien no la sigue (Mt 15,1-9; Mc 7,1-13). Los fariseos incurren en el error de atender a todas esas cosas minuciosas y en cambio despreciar lo que podía ser el propio fundamento de ellas: la justicia y el amor de Dios (Lc 11,42).

Volviendo a la Tradición monástica, San Gregorio Magno, en el segundo libro de los *Diálogos*, hace una alusión preciosa con respecto a la transmisión de ésta en la persona de San Benito: su toma de hábito. El monje Román le viste el hábito monástico, le entrega el hábito: en esta ceremonia, desde los primeros tiempos del monacato, se significa y se realiza la transmisión de todo el estilo de vida monacal y de toda la riqueza del legado monástico. En el monacato antiguo, la vestición de hábito viene a identificarse con la profesión de los votos monásticos. En palabras del Papa: el monje Román *conversationis habitum tradidit*<sup>14</sup>.

Decía Dom Paul Delatte, tercer abad de Solesmes, que San Benito es excelentemente hombre de Tradición<sup>15</sup>. Ciertamente, el santo legislador menciona en su *Regla*, además de la Sagrada Escritura, varias fuentes monásticas anteriores hacia las que muestra un venerable respeto, y también se inspira en otras muchas que no cita, entre ellas aquella que parece tener más presente y de la que con el tiempo cada vez se irá apartando más: la *Regla del Maestro (Regula Magistri)*. San Benito bebe, por tanto, de la Tradición bíblica, de la Tradición católica en su conjunto y de la Tradición monástica.

---

<sup>14</sup> San Gregorio Magno, *Diálogos*, II, 1; edición bilingüe latín-español del libro II de los *Diálogos* de San Gregorio Magno y de la Regla de San Benito, en *San Benito. Su vida y su Regla*, ed. de García M. Colombás (O.S.B.), León M. Sansegundo (O.S.B.) y Odilón Cunill (O.S.B.), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1954; la cita, pp. 160-162.

<sup>15</sup> Paul Delatte (O.S.B.), *Commentaire sur la Règle de Saint Benoît*, Plon - Maison Mame, Paris 1913, p. I.

La Tradición monástica, como toda Tradición, significa afirmación de la esencia, arraigo, perennidad de valores... Pero esto no significa inmovilismo y cerrazón estática. La Tradición es algo vivo y, a la par que un valor de estabilidad, tiene otro de dinamismo, tal como expresa bien esa definición que decíamos anteriormente, ofrecida desde una perspectiva tomista actual: «arraigo del devenir en el ser». El tradicionalismo español, que en nada incurre en los errores del llamado «tradicionalismo» filosófico francés que fue condenado por la Iglesia por su tendencia cercana al fideísmo, se aleja asimismo de posiciones inmovilistas con respecto al concepto de Tradición como las que pudiera tener el teatino P. Ventura di Raulica; posee, por el contrario, una noción mucho más acertada, y así lo expresan dos notables pensadores carlistas, como el político Juan Vázquez de Mella y el filósofo Rafael Gamba, quien precisamente comenta al primero<sup>16</sup>.

Vázquez de Mella afirma que «la tradición es el progreso hereditario, y el progreso, si no es hereditario, no es progreso social», y sostiene que «el más tradicionalista no es el que sólo conserva, ni el que además corrige, sino el que añade y acrecienta porque sigue mejor el ejemplo de los fundadores: producir y prolongar con el esfuerzo de sus obras». A lo cual comenta Gamba que «tradición y progreso, lejos de oponerse, se identifican, o, más bien, resulta la tradición condición del progreso, y éste, consecuencia de aquel proceso interno». Este profesor, no ha mucho fallecido, habla así del «valor de la tradición como medio evolutivo y como fuerza de estabilización política», un don de la estabilidad que permite a los hombres ordenar su futuro y el de los suyos de acuerdo con leyes eternas. Mella compara además la Tradición con «el derecho del río sobre la onda que agita sus aguas». Retornando por nuestra parte al campo monástico, podemos recordar que el actual P. Abad de un monasterio muy tradicional de Francia, Fontgombault, de la Congregación de Solesmes, señala que en su Comunidad se entiende la Tradición «como un desarrollo continuo, como el curso de un río que permanece siempre en contacto con su fuente: en este cuadro se deben asociar armoniosamente la acción de la gracia divina y de la libertad humana»<sup>17</sup>.

El monacato, en cuanto Tradición, comprende permanencia de los valores, inmutabilidad de la esencia, arraigo en el ser más que en el hacer, adhesión firme y perpetua a lo eterno, contemplación del Sumo Bien que no cambia, amor al Dios que es Amor.

De ahí su fuerza, su constancia en la Historia, su vitalidad asombrosa, su capacidad de reaparecer tras las supresiones obradas por iniciativas políticas anticlericales, su potencia renovadora y de hacer surgir en su seno reformas que recuperen su autenticidad cuando su identidad parecía perdida. Es Dios mismo, el Ser por esencia, el Inmutable, el Eterno, quien vigoriza constantemente la vida monástica. Él hiere los corazones con su amor y éstos arden en deseos de búsqueda y de posesión del Amor supremo e infinito. Esta dinámica, vocación-búsqueda, persiste como una realidad a lo largo de los siglos en la Historia de la Iglesia y de la Humanidad.

El monacato es así signo evidente de la vitalidad y perennidad de la Iglesia y es testimonio visible de la existencia de Dios y de su acción providente en la Historia. Participa de la vida de la Iglesia, vivificada por el Espíritu Santo, y a la vez enriquece la

---

<sup>16</sup> Nos fijamos en Juan Vázquez de Mella, «Discurso en el Parque de la Salud de Barcelona», 17 de mayo de 1903, en id., *Obras Completas XV*, Junta del Homenaje a Mella, Madrid 1932, pp. 156-166; y también atendemos a Rafael Gamba Ciudad, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, Sala, Madrid<sup>2</sup> 1973, concretamente pp. 57-58.

<sup>17</sup> Antoine Forgeot (O.S.B.), «Comment on vit la Tradition a Fontgombault», exposición en el Capítulo General de la Congregación de Solesmes en 2003.



vida de la Iglesia, alentado él mismo por el Espíritu Santo. El monacato manifiesta de este modo la divinidad de Jesucristo, Fundador de la Iglesia.

El monacato está por encima de modas y vaivenes temporales, porque se arraiga en el ser, al ser su vocación la contemplación de Aquel que es el Ser. Vive en el tiempo y es capaz de responder a los cambios cronológicos, precisamente en virtud de su adhesión a las realidades eternas, de su abrazo de amor al que es Eterno.

El monacato, pues, como la Iglesia, de cuya vida participa y cuya vida al mismo tiempo enriquece, posee una dimensión supratemporal. Contemplando la eternidad de Dios y nutriéndose del aliento del Espíritu Santo, supera las barreras temporales.

Así, el monje vive unido en comunión no sólo con sus hermanos contemporáneos, sino asimismo con sus predecesores y con aquellos otros que, si Dios quiere, le sucederán. Al igual que todo cristiano vive y goza la comunión de la Iglesia, el monje vive y goza una especial comunión monástica dentro de ella.

Es maravilloso, al comulgar, saberse unido íntimamente a Cristo y, por medio de Él y con Él, también a los ángeles, a los santos, a las almas del Purgatorio, a todos los hombres en gracia del tiempo presente y a los que vendrán. En el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los cristianos de diversos y lejanos tiempos y lugares hallan la unidad entre ellos; viven en comunión en el Sacrificio Redentor de Cristo, que se ofrece en el Altar y se nos da como pan de vida al comulgar.

De un modo semejante, el monje, en Cristo y por Cristo, vive en comunión con los monjes de otros lugares y épocas. Se sabe heredero del legado entregado a él por los que le precedieron y se siente responsable, a su vez, de transmitirlo a los que le sucederán. Ama a aquellos que fueron monjes antes que él y a aquellos que, sin poder conocerles aún, confía en que –Dios mediante– serán monjes en tiempos posteriores.

Ésta es la comunión del amor, vivificada en torno a Cristo por el Espíritu Santo y vivida en el seno de la Iglesia y de una rica Tradición, como es la Tradición monástica.

La Tradición monástica, por tanto, ofrece al menos siete elementos o sentidos fundamentales, de los cuales los seis primeros pueden considerarse comunes con toda noción de Tradición: 1) transmisión; 2) legado o herencia; 3) filiación; 4) gratitud y fidelidad; 5) permanencia, perennidad de valores, estabilidad; 6) renovación y enriquecimiento, no destrucción; 7) comunión de amor en la vida de la Iglesia.

Pero, además de todo esto que hemos venido señalando, junto a esta propia Tradición monástica, el monje se sabe heredero de unos antecesores que construyeron Europa, tanto la occidental (especialmente los benedictinos y cistercienses) como la oriental (sobre todo los basilianos); ambos eran a su vez hijos de unos padres que echaron los cimientos sobre los que les fue posible, en realidad sin pretenderlo, llevar a cabo aquella magna obra de edificar toda una civilización en el curso de varios siglos. Y esos padres, Copatronos de Europa, fueron San Benito de Nursia y los santos hermanos Cirilo y Metodio.

Por lo tanto, el monje es heredero también en este terreno de una Tradición secular, es hijo de unos predecesores que han sido invocados y designados como «Patronos» y «Padres» de Europa. El monje es heredero de la más rica y pura esencia de la Tradición europea: la de sus raíces y su carácter cristianos.

### **3. EL MENSAJE ACTUAL DE LA TRADICIÓN MONÁSTICA.**

Ante una civilización que se halla en una auténtica situación de crisis por la ruptura con su Tradición, por la negación de sus raíces y de su propia esencia, y que en gran medida lo ha confiado todo a la capacidad tecnológica, se hace evidente la afirmación de quien hoy es Benedicto XVI cuando era aún cardenal: «el hombre necesita

también tradición y quiere estimar valores que estén sustentados desde su interior»<sup>18</sup>. Y esto es lo que precisamente el monacato cristiano, que configuró en buena parte la Cristiandad medieval de la que surgieron Europa y toda la civilización occidental, puede aportar en el día presente a esa misma Europa y a todo el Occidente. El monacato, ciertamente, contiene y presenta una Tradición secular y valores que están sustentados desde el interior.

Por eso, no resulta extraño que un notable abad francés, el fundador del monasterio provenzal y muy tradicional de Le Barroux –Comunidad a la que ya siendo cardenal mostró un gran aprecio el actual Pontífice Romano–, Dom Gérard Calvet, cuando se refiere al hundimiento de la civilización occidental, presa del liberalismo y del materialismo, traiga a colación las palabras de reconocimiento que le hizo un agnóstico: «los monjes sois los hombres más útiles a la sociedad, [...] porque en medio de esta desbandada general, sois los testigos de la permanencia de los valores»<sup>19</sup>.

En realidad, el mensaje que el monacato puede y debe ofrecer no es tanto ni tan sólo la transmisión de unos valores humanos, sino, más bien y sobre todo, de unos valores que hunden sus mismas raíces en la contemplación del Creador y Señor del mundo, del Dios que es Trinidad de Personas y a imagen del cual ha sido creado el hombre, del Dios que se ha encarnado y ha entrado en la Historia para redimir al hombre. Sólo desde esa mirada contemplativa al único que verdaderamente puede dar la felicidad al hombre, es como se pudo construir una civilización como la Cristiandad y como se podrá recuperar en sus mejores valores y elementos constitutivos.

En palabras del último abad benedictino mencionado, «la vida monástica no es otra cosa que la consagración total de la existencia humana al servicio solemne de Dios», por lo que, en medio de una civilización apóstata, hace así resonar una especie de grito en favor de la supremacía de Dios y de lo espiritual: «la vida del monje, en suma, no es más que un testimonio rendido a la trascendencia de Dios», por lo que testimonia al mismo tiempo el carácter relativo de lo temporal. Orando día y noche, el monje lanza un mensaje a sus contemporáneos, anunciándoles la eternidad<sup>20</sup>.

En efecto, en medio del afán actual por el hacer y por la ganancia económica, el monje es el testigo a la vez más silencioso y más elocuente del Amor de Dios, de las realidades trascendentes, de la eternidad, de lo sobrenatural. Con su vida escondida, sólo para Dios, testimonia que Dios existe y recurre a Él solicitando su Amor para todos los hombres. Ésa fue la base que permitió a San Benito y a sus monjes en el Medievo construir la Europa cristiana, la única y verdadera Europa.

Al monacato, pues, aún le cabe una función de responsabilidad en la conservación, transmisión y enriquecimiento de la verdadera cultura europea, conforme a lo que ha hecho ya a lo largo de muchos siglos desde sus primeros tiempos.

En una época como la que actualmente conoce Europa, de materialismo, de una nueva barbarie cultural interna, de cambios profundos, de decadencia, de pérdida de identidad, de auténtica crisis y de renuncia al ser de toda una civilización, los monasterios y los monjes que en ellos moran dedicados al servicio divino vuelven a convertirse en un testimonio, a la vez silencioso y elocuente, de la centralidad y la soberanía de Dios, de la supremacía de lo espiritual y del justo aprecio de lo material, del valor y la dignidad de la persona humana como hijo de Dios llamado a una vida de

---

<sup>18</sup> Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme, Salamanca<sup>4</sup> 2005, pp. 68-69.

<sup>19</sup> Un Moine Bénédicte (Dom Gérard Calvet), *La vocation monastique*, Sainte Madeleine, Le Barroux 1990, p. 6.

<sup>20</sup> *Ib.*, pp. 11 y 17.

gloria eterna con Él. Los monasterios y los monjes, herederos de una riquísima y secular Tradición, pueden volver a asumir de nuevo una labor de salvaguarda y transmisión de los valores de una civilización, la civilización de la Cristiandad europea.

Quien es monje y vive en un monasterio, si de veras se entrega a su vocación y la ama en profundidad, entenderá que vive inmerso en una Tradición llena de contenido. Así, ser monje en el Valle de los Caídos permite descubrir la belleza de cantar alabando a Dios tal como lo hacían los monjes del siglo XIII, del XII, del XI, del X...: una hilera continuada de generaciones de monjes ha estado orando en numerosos monasterios europeos, en medio tanto de la prosperidad como de la adversidad, para interceder ante Dios en favor de los hombres y alcanzar su Amor infinito sobre ellos. No hay palabras para expresar lo hermoso que resulta cantar los salmos en el Oficio Divino con los modos gregorianos del *Octoechos* latino, como lo han hecho durante siglos tantos monjes. No es posible expresar la riqueza que el gregoriano posee para dar el realce debido a la Palabra de Dios, la cual constituye la médula de los textos que el monje canta en el Oficio y en la Santa Misa. No es fácil decir lo que un monje vive en su interior cuando es realmente consciente de la Historia que subyace en su hábito, el cual es además signo externo de su consagración absoluta y sin reservas a Dios<sup>21</sup>.

Ser monje en el Valle de los Caídos, asimismo, permite observar que muchos fieles se acercan para participar del ambiente de sobrenaturalidad y misterio que rodea la celebración del Santo Sacrificio de la Misa: huyendo de tanto descuido, de tanta trivialidad y hasta de tanta chabacanería con que hoy tristemente se celebra la Sagrada Liturgia en bastantes iglesias, no son pocos los que descubren algo distinto y maravilloso en el esmero de los monjes por atender debidamente al culto divino. Dios se merece algo digno y sin prisas, lo cual también motiva aún más la admiración de los fieles, frecuentemente hartos ya del agobiante culto al tiempo y al reloj que existe en la sociedad capitalista de nuestro tiempo. En el canto de los «angelitos» de nuestra Escolanía, algunos han visto un acto de reparación ofrecido al Dios que es Amor, en compensación por la «apostasía silenciosa» de Europa de que hablaba Juan Pablo II<sup>22</sup>, y hasta convertida en ocasiones en apostasía abierta y rabiosa, como ha sucedido en el festival de «Eurovisión» de 2006, donde se ha concedido el premio a un grupo de música *heavy* claramente satánico.

#### **4. UNA EXIGENCIA DE FIDELIDAD.**

Nos hemos referido ya al elemento de fidelidad que contiene la Tradición, dado que, como herencia recibida de unas generaciones anteriores, existe el deber de mantenerla en su mejor pureza y también de enriquecerla. Por eso decía Charles Péguy que «la Tradición es fidelidad».

Y ciertamente, para desempeñar con eficacia esta tarea que hemos señalado que puede tener el monacato en nuestro tiempo, resulta indudable que el propio monacato debe ser fiel, ante todo, a su propia finalidad espiritual, contemplativa, de búsqueda de Dios; y ha de serlo siendo fiel a su propia Tradición y a toda la Tradición de la Iglesia. En este sentido, no cabe sino llamar la atención sobre el apogeo que están experimentando los modelos monásticos más tradicionales y observantes, hacia los cuales siguen afluyendo las vocaciones de jóvenes comprometidos y en los cuales existe un más alto nivel de perseverancia, incluso en medio de la inestabilidad acusada que

---

<sup>21</sup> Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, 28 de octubre de 1965, n. 17; Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelica testificatio*, 29 de junio de 1971, n. 22; Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, 25 de marzo de 1996, n. 25.

<sup>22</sup> Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, op. cit., n. 9.

lamentablemente caracteriza hoy a nuestra sociedad y en particular a los jóvenes. Tales modelos, por tanto, son una llamada a la conciencia de todos los monjes. No es buena solución rebajar el nivel de exigencia ni «adaptarse a los nuevos tiempos» sin meditar bien las cosas.

Las tentaciones que han asaltado a las comunidades monásticas en los últimos años, si bien en menor grado que a otras Órdenes e Institutos de vida religiosa, no dejan de ser peligrosas y sólo pueden llevar a un proceso de autodisolución, en cierta medida comprobado por el descenso de las vocaciones. La reducción del Oficio Divino, la excesiva simplificación de las ceremonias, el abandono parcial y en algunas ocasiones hasta casi total del hábito, la decadencia de la austeridad y del espíritu de pobreza y de sacrificio, la labor de zapa –sin duda inconsciente– del valor de la clausura, la introducción a veces abusiva de la televisión, el entusiasmo desmedido ante un ecumenismo malentendido que puede derivar en sincretismo, la difusión y adopción poco cautelosa de los «métodos orientales» de meditación... sólo pueden traer funestas consecuencias para la vida monástica. La penetración del mundanismo, del secularismo, de la relajación, siempre ha traído una decadencia que ha llevado, a la par que a la autodestrucción de muchas comunidades, al surgimiento de otras nuevas que han querido revivir el espíritu originario de la vida monástica y que han terminado dotando a ésta de nueva vitalidad. Dom Calvet recalca esto y afirma que el hecho de que la institución monástica, en medio de ciertos hundimientos temporales de la Iglesia, renazca sin cesar de sus cenizas, parece deberse a que precisamente ha recaído sobre los monjes la misión de representar la santidad de la Iglesia y de salvar el puro anuncio del reino venidero; la verdadera grandeza del monacato, por tanto, es que asume juntamente una vocación personal y una vocación eclesial<sup>23</sup>.

Las comunidades más tradicionales y observantes, al menos a quien escribe estas páginas, le hacen pensar mucho. Son un manifiesto abierto de que los jóvenes no buscan precisamente lo más fácil ni lo más blando, y estos monasterios parecen estar así a la altura de las circunstancias en una crisis de civilización como la actual, dispuestos a ser de nuevo transmisores de los valores y de la esencia de la Cristiandad europea. Confiemos en que, con la gracia de Dios y la intercesión de Santa María, Reina y Madre de los monjes, quienes hemos profesado los votos monásticos tomemos conciencia de este deber de fidelidad y vivamos en plenitud nuestra vocación, con una entrega sin reservas, para gloria de Dios, bien de toda la Iglesia y beneficio de las almas, además de para alcanzar la propia salvación personal.

---

<sup>23</sup> Un Moine Bénédictin, *La vocation monastique*, op. cit., pp. 45-46.